

---

BUDAPEST, VIENA, BUDAPEST

Quince bagatelas

---

---

*Septiembre de 1989:* Viena. Invitación de la Sociedad Austriaca de Literatura. Dicen que por mis traducciones, de hecho: apoyo amistoso, algunas buenas palabras a mi favor, o sea, simpatía, que es, a decir verdad, lo que todo lo mueve, al igual que su opuesto. Alojamiento en un hotel. Una bonita suma de dinero. Gestiones repugnantes: en primer lugar, el pasaporte, que llegará a vuelta de correo. En segundo, el billete de tren. La mujer de la taquilla me pide el pasaporte. No lo llevo encima. Quién habría imaginado que el control de pasaportes empezara en la taquilla. Es porque quiero comprar el billete con florines. Aquí no se confía en el florín. Vuelta a casa, situada en la otra punta de la ciudad, y otra vez a la oficina de venta de billetes más próxima. Larga cola. Se me va toda la mañana. Como si fuese un rapapolvo a modo de adelanto: de aquí no te irás tan fácil. Como las interminables objeciones del cabo primero en los cuarteles antes de la salida. Dictadu-

ra y tiempo. Concepción primaria de la vida y el tiempo. Estructura primaria y tiempo. Hombre y tiempo o, mejor dicho, el hombre esencialmente como tiempo. Es decir, el hombre declarado una nada. Tiempo en los campos de concentración, tiempo en la cárcel, o el gran alivio: tiempo de compra de un billete de tren. Con estos pensamientos me entretengo hasta que me toca. Me gustaría llegar a la Estación del Sur de Viena, porque he visto en el mapa que está cerca del alojamiento. Y con el tren de última hora de la mañana, porque no me gusta levantarme al amanecer. Me dan el billete para la Estación del Oeste y para el tren de primera hora. Que es una oferta, dicen. El empleado de la taquilla, con tono decidido: «Por mil florines merece la pena levantarse temprano». No lo sé. Lo cierto es, de todos modos, que por mil florines debe de merecer la pena no discutir, porque callo. Camino de la salida me vienen a la cabeza los argumentos en contra, como siempre; me pongo furioso, y la agresividad, al no encontrar otro camino, se vuelve contra mí, siguiendo su costumbre. El secreto de... —¿cómo llamarla?—, de la sociedad concentracionaria oriental reside en que pasas todo el tiempo furioso contigo mismo, y, si no, te avergüenzas de las concesiones que hacen tus sentimientos, tu mente o tu cartera.

*El caballero vienés* en Bruck an der Leitha. Hasta entonces he viajado solo, de espaldas a la direc-

ción de la marcha, en un banco de tres asientos. Incluso he puesto uno de mis bultos en el asiento de al lado, por si acaso. Al caballero vienés le basta una mirada para calar la situación: «¿Me permite?», pregunta señalando despiadadamente mi maleta. Se sienta y saca unos documentos de su maletín. Columnas de números, listas de contabilidad. Coge un bolígrafo y se pone las gafas. Me tranquilizo. En un abrir y cerrar de ojos me enredo con él en una conversación sin salida. La observación de Canetti en *Juego de ojos* sobre los charlatanes, de los que no hay manera de escapar en Viena. He aquí un ejemplo viviente. Unas cuantas preguntas capciosas y confieso ser escritor y traductor. Se anima: veo que cree haber cazado una buena presa. No sé oponer resistencia a un impertinente. El caballero vienés al menos es entretenido. A su manera. Cierta exceso de cultura. Literatura: Hofmannsthal, Schnitzler, Roth, a quienes he traducido. Luego música. Que Richard Strauss es un músico más original que Mahler, porque a Mahler no se lo puede concebir sin Beethoven y Brahms; a Strauss, en cambio, sí. Es una estupidez, pero le dejo hablar. Que el maestro Abbado aspira a ocupar la vacante que ha dejado Karajan tanto en Viena como en Salzburgo, y que ya veré yo que dará buenos resultados. A mí, lamentablemente, me da igual. A él no, en absoluto. Se excita como si se tratara del Ferencváros. Ésta es la diferencia, pienso. Tampoco des-

potrica contra el Régimen. Contra ninguno. ¡Qué armonía! «Viví los acontecimientos de 1956 como ustedes, los húngaros», dice de pronto. Le conmovieron profundamente. Ayudó a los refugiados, trabajó en una organización asistencial, durante un año, si no lo entiendo mal. ¿Y en 1968?, pregunto. No le suponía nada nuevo, responde. Resulta que, al hacerse mayor (dice tener setenta años, cuando yo le atribuía quince menos), ha encontrado a Dios, a su propio Dios, al Dios personal. Ha llegado a poder rezar en cualquier sitio, a cualquier hora, en cualquier circunstancia. Acaba cayéndome bien de una manera innegable. Eso sí, por su culpa me pierdo los instantes previos a la llegada. Y eso que me gusta observar los barrios periféricos desangelados y gélidos, me gusta percibir que la ciudad va adquiriendo calor a mi alrededor, que empieza a latir y a cobrar vida con unos movimientos asombrosos. Por otra parte, sin embargo, esta conversación ha sido la forma más apropiada de llegar a Viena, estilísticamente hablando. Como si ocurriera en una novela de finales del siglo XIX. (De Paul de Kock, por ejemplo, a quien Krúdy no cesa de citar; pero ¿existió realmente Paul de Kock o lo inventó Krúdy para poder citarlo?)

«Así es», sonrío el caballero vienés cuando le comunico mi observación. El tren aminora la marcha. Me levanto, retiro mis pertenencias del portaequipaje, me pongo el abrigo. Al darme la vuel-

ta, no veo al caballero por ninguna parte. Desapareció, se esfumó, como si lo hubiera soñado. Es quizá lo que ha ocurrido, pienso; ha desaparecido como Paul de Kock soñado por Krúdy. Bajada tranquila, serviciales carritos con ruedas para el equipaje, serviciales puertas de vidrio que se abren automáticamente. Viena me recibe con un sol ligeramente velado por la bruma. Un montón de escombros delante de la estación; sensaciones familiares. (Luego descubriré que están construyendo el metro.) Un taxista muy consciente de su valía y muy dispuesto a ayudar. Espío angustiado el taxímetro para ver si los 180 chelines adicionales al cheque de viaje oficial, que logré sonsacar mendigando a las autoridades, me alcanzarán para el viaje en taxi, que ha resultado inevitable por culpa de aquel billete de tren a precio de «oferta». Justito. Incluida una pequeña propina. Cuando el taxista me da elegantemente las gracias, no sé por qué, pero de pronto mi equilibrio psíquico se restablece. Me siento como un señor extranjero. No conocía este aspecto mío; me embarga cierto respeto por mí mismo, como si viajara de incógnito. El agente secreto de un secreto totalmente desconocido, con tareas totalmente desconocidas. Ojalá no me descubran, pienso angustiado.

*Me falta mi diccionario.* Lo olvidé en casa. La Sociedad Austriaca de Literatura no tiene. Mi última esperanza: el Collegium Hungaricum. Tran-

vía, luego cruzo el puente de Salztor azotado por un viento húmedo y helado. Desde el puente, vista de una metrópoli, la Schwedenplatz, el Kai y, más abajo, el edificio Urania. Enseguida encuentro el Collegium Hungaricum y, allí, Hungría en Viena. La conserjería en el portal, la mujer robusta encargada de la vigilancia, su voz: «¿Asunto? ¿Tiene una cita? Espere, que aviso arriba por teléfono». En los despachos de la Sociedad Austriaca de Literatura, anticuados y llenos de rincones, lo primero en estos casos es ofrecer un asiento. Aquí, por supuesto, no hay diccionario. O, mejor dicho, sólo hay uno, pero para los becarios. Desde la acera de enfrente contemplo con detalle el edificio de oficinas. Leo lo siguiente en la página 142 del volumen que he traído de las «Guías de viaje Lloyd», publicado en 1929 y titulado *Austria*. «En las inmediaciones se halla el Palacio de la Guardia Húngara (Museumstrasse 7), adquirido por la emperatriz María Teresa para la Guardia de Corps húngara. El magnífico palacio, obra de Fischer von Erlach, pertenece al Gobierno húngaro (Collegium Hungaricum).» En lo que a mí respecta, estuve en la Hollandstrasse 4, actual sede del Collegium Hungaricum. El «magnífico palacio» aún existe, pero ha pasado a manos de los austriacos. Resulta que el Ayuntamiento de Viena nos advirtió hace veinte o veinticinco años que rehabilitáramos el palacio, considerado un monumento histórico, puesto que se hallaba en un

estado lamentable. Los responsables decidieron entonces que la Hungría campesina y obrera no necesitaba tal palacio. Por tanto, convocaron a todos los traperos, regateros y baratilleros de Viena y remataron los tesoros artísticos de aquel palacio venido a menos. Aun así, entre los cazagan-gas había algunos de buen corazón que rogaron de rodillas que, por el amor de Dios, no se malvendieran esos objetos tan valiosos como irrem-plazables; así, se conservaron algunas alfombras y muebles que ahora, dicen, se encuentran en la embajada. Luego, el edificio saldado y vaciado se ofreció a la ciudad de Viena, que lo compró encantada, vendió el solar vacío contiguo al palacio y perteneciente a éste y con el dinero ingresado lo arregló de una manera espléndida..., para sí, claro. ¿Moraleja? Ni diccionario, ni palacio...

*Perdí mi incógnito.* Un error fundamental, con una enseñanza también fundamental: si pierdo mi incógnito, paso del absurdo ideal al absurdo real. De lo tolerable a lo intolerable. Razón: las angustias propias de un europeo oriental por la cantidad de moneda extranjera que llevo, la tendencia a escatimar sin motivo los chelines de mi beca. Almuerzo *bratwurst* con dos panecillos, de pie, en el mercado al aire libre. A mi lado, el vago-bundo austriaco medio borracho me cala ense-guida: «*Jonopot kifanok*», dice, sin ninguna amabi-lidad. Sigo comiendo la salchicha como si no lo

entendiera. «*Bongiorno*», continúa intentando. «*A, il signore parla italiano*», respondo con gesto de asombro, «*bravo, benissimo*», y le doy unas valientes palmadas en el hombro. «Ya ve usted», dice entonces, volviendo los ojos enrojecidos hacia la propietaria del puesto, «ya le decía yo que sólo podía ser húngaro o italiano. Ahora sabemos que es italiano». Devoro mi *bratwurst* a toda prisa, antes de que me linchen. No tengo ni la menor idea de por qué no quieren aquí a los italianos. De paso, recuerdo la experiencia que Gilbert, psicólogo penitenciario estadounidense, tuvo con Streicher, quien afirmaba que el juicio de Nuremberg carecía de validez porque había judíos entre los jueces. «¿Cómo ha llegado usted a esta conclusión?», le preguntó Gilbert, perplejo. Oh, respondió Streicher, él se daba cuenta enseguida y sin ningún margen de error de qué sangre fluía por las venas de cada cual: tres jueces se mostraban muy inquietos cuando él los miraba fijamente. Gilbert le diagnosticó una paranoia a Streicher. Esta idea, sin embargo, no me consuela. A mí, aquí me identificaron..., aunque no como el que soy. ¿Quién soy? Aquel a quien crea mi imaginación. Ahora empiezo a comprender mi misión de agente secreto: he venido a Viena, como a todas partes, con la tarea de observarme secretamente, con la orden secreta e insondable de informar de manera continua. Sea como fuere, a partir de este momento como exclusivamente en

los mejores restaurantes, buenas comidas, bien atendido, y me marcho siempre con la cabeza bien alta. Tal vez diréis: es un juego. Pero entonces llamadlo técnica de la supervivencia.

*Gripe.* Durante el día la supero, pero por la noche me ata a mi habitación. Té caliente, radio. Transmisión de *La valquiria* desde el Covent Garden de Londres. Después del segundo acto, entrevista con Bernard Haitink, director musical de la nueva puesta en escena. Dice que, en un principio, era Liubimov quien debía encargarse de la dirección artística, pero que al final tuvieron que apartarlo del proyecto. Ideas ajenas a Wagner; de hecho, no conocía la Tetralogía; no tenía la menor idea de las tradiciones ni sensibilidad para ellas. Véase su escandaloso *Hamlet* de Londres; Liubimov recortó burdamente a Shakespeare, bajo el signo de una concepción escénica que luego se descubrió que no existía. El entrevistador pregunta a Haitink si conoce la experiencia de Iván Fischer con Liubimov, cuando éste puso en escena *Don Giovanni* en Budapest. Pues bien, Liubimov preguntó a Iván Fischer: «Pero ¿dónde tocará la orquesta? Porque el foso será el infierno». Haitink ríe con un tono nasal, afectado, triunfante. De repente se aparece ante mí Liubimov, en un día invernal, húmedo, gélido y gris; sale, acompañado por una corte femenina, del Palacio «Elizélt», estropeado, como lo llama el

lenguaje popular budapestino, situado en la plaza Vörösmarty. Yo acompañaba precisamente al escritor alemán (occidental) Tankred Dorst, cuya obra de teatro *Merlín* había traducido. Los dos hombres se abrazaron efusivamente. Traduje las palabras de Dorst al húngaro, y las mujeres se encargaron de traducirlas al ruso, para Liubimov. Recuerdo que una de las mujeres se quejó mucho: «No nos sentimos a gusto. Nos duele la cabeza, y las autoridades húngaras no se comportan correctamente con nosotros», dijo, utilizando en todo momento la primera persona del plural. Liubimov invitó a Dorst al ensayo general, con el vestuario completo, de *Don Giovanni*. Pude asistir con él, como acompañante. Al final volvió a producirse la doble interpretación. Dorst elogió la puesta en escena con palabras llenas de entusiasmo. Mientras lo traducía, se me ocurrió de pronto la delirante idea de que yo también estaba presente, o sea, que añadí: «Por favor, dígale al señor Liubimov que yo también le felicito». A lo cual la mujer me respondió con una mirada aniquiladora: «Usted no le felicite, sino que dedíquese a su trabajo de intérprete». He aquí, pues, otra historia de la pérdida de mi incógnito. Por aquel entonces llevaba seis o siete años sumiéndome en confusiones de identidad: a veces no sabía de repente qué forma de no existencia había de elegir para vivir de incógnito.

*Me gusta el trayecto ancho y ventoso entre el Hotel Hilton y la Kärtnerstrasse. Allí está la Konzerthaus; un poco más allá, en la Lothringerstrasse, la Musikverein. Qué sensación sublime entrar en la sala de conciertos en la que Schönberg o, desde su exilio, Schoenberg, cosechó un sonoro fracaso. Compro una entrada para la *Sinfonía en Do mayor* de Schubert, la «Grande». Tremenda decepción: la Orquesta Sinfónica de Viena, bajo la dirección de Georges Prêtre, produce una audición de una sonoridad perfecta, pero terriblemente ruidosa y demasiado dinámica, que casi elimina a Schubert. El público vienés aplaude de pie. Puede servirles de excusa que ya no son aquellos que silbaron a Webern. Conservo el feliz recuerdo de la inolvidable *Sinfonía en Do mayor* interpretada por la Orquesta Sinfónica de Bamberg bajo la batuta de Eugen Jochum, que escuché hace unos años, poco antes de la muerte de Jochum, en el teatro Erkel de Budapest. Aún resuenan en mis oídos la danza interrumpida del segundo movimiento y el tema dionisiaco, suavemente jubiloso, del último, esa liberación ligera de los asuntos terrenales, ese mensaje de la felicidad de la muerte transmitido con pasos alados. Después de la Musikverein, casi en la esquina de la Kärtnerstrasse, se alza un edificio de oficinas enorme, en cuya segunda planta se encuentra el Citibank. Ante la puerta de vidrio cerrada siempre tiritan, azotados por un húmedo viento, unos*

cuantos hombres con la decepción escrita en la cara. En el portal, una inscripción en lengua húngara informa de que el Citibank sólo se ocupa de gestiones comerciales y no acepta cheques turísticos. Precisamente el día anterior a mi viaje yo también había leído en algún periódico de mi país que la sucursal del Citibank de la Lothringerstrasse aceptaba cheques de viaje por su valor nominal, sin comisión. *Duyu spik english?*, me pregunta un hombre tímido con bigote. «Hábleme tranquilamente en húngaro», le respondo. Busca la caja de ahorros de la Landstrasse, que el Citibank recomienda en lugar suyo a los turistas para cambiar los cheques en dinero contante y sonante. Le indico el camino como un habitante de la ciudad, arrogante pero compasivo. «¿No sabe que descuentan un tanto por ciento?» «Pues no». «Alguien hace un buen negocio con esto en nuestro país», dice. «¿Cree usted?», le pregunto tratando de animarlo. Sin embargo, el hombre no responde. Como quien no considera útil condimentar con cháchara superflua el hecho de ser un estafado. Le miro mientras se marcha rumbo a Am Heumarkt. Pobre húngaro burlado, engañado y embaucado; pobre Europa del Este, pienso, con el alegre pesar de quien se halla al margen.

*Hasta que yo mismo me veo obligado a presentarme con mis cheques de viaje* en la sede de la caja de ahorros. «¿Me permite su pasaporte?», pregunta la

empleada de banco austriaca. Noto que me pongo colorado por la vergüenza y la rabia. Un señor suizo acaba de cambiar unos francos delante de mí. A él no le han pedido el pasaporte. ¿Por qué? ¿Es que todas las cajeras del mundo pueden presentarse ante mí como la autoridad? Pensándolo bien, la taquillera de la Musikverein ha sido hasta ahora la única persona que no me ha pedido el pasaporte, cuando compré la entrada para el concierto. Ni siquiera compruebo cuánto me han descontado del dinero en divisas que cambio por vez primera y que en su día compré en el banco oficial de mi país, según el cambio oficial, o sea, pagando el doble; tengo la sensación de que hiedo a servidumbre y de que el hedor se percibe desde lejos. Quien ha sido humillado una vez seguirá siendo humillado eternamente; quien es humillado en su país también es humillado en el extranjero —intento definirlo en uno de mis axiomas—. La cajera austriaca estudia mi pasaporte con la expresión característica de las autoridades húngaras. Recuerdo con envidia la sonrisa que lanzó al caballero suizo. Me viene a la mente una observación de Jaspers: cada cual es responsable de la situación política de su país. La sombra de Hungría se proyecta sobre mí siempre y en todas partes; a veces —porque se trata de una ley psicológica— me envuelvo en ella de forma desafiante, como si fuese un sayal que me pusiera voluntariamente.

*Sigo caminando rumbo a las pescaderías del mercado* para aliviar mi pesadumbre con un panecillo con arenque. Saciado, busco alguna fruta. Una mujer robusta, de abrigo negro, está comprando en un puesto. Indecisa, le da vueltas a una bolsa de plátanos que tiene en la mano. «¿Es todo lo que me ofrece?», murmura, «¿no hay más? ¡Necesito cinco kilos!». Habla en húngaro, no sé a quién, porque la vendedora vienesa no la entiende; yo sí la entiendo, pero ella no lo sabe. Tiene la cara roja, los ojos nublados, como si hubiera perdido la conciencia en el éxtasis de la compra. Situado a sus espaldas, traduzco sus deseos a la vendedora. Ésta, recurriendo al lenguaje de signos, pide la bolsa a la mujer, se inclina, se estira luego a una velocidad de vértigo, recoge todos los racimos de plátanos que cuelgan del canalón de su puesto, los pesa y devuelve la bolsa a la mujer. «También necesito tres kilos de naranjas», dice entonces ésta, pero sin dirigirse ni a mí ni a la vendedora, sino al aire. Si no fuera una contradicción, diría: traduzco sin palabras. Después quiere, además, unos kiwis (traduzco); a continuación entrega, con el rostro encendido, un puñado de billetes a la vendedora, quien con los movimientos de un pico de pájaro escoge los que le corresponden. Así acaba la extraña escena, y la mujer se marcha con sus pesadas bolsas quién sabe adónde. «Y el *Herr* ¿qué desea?», me pregunta la vendedora. Medio kilo de uvas griegas, para

el postre de la cena. Observo que mi moderado afán consumidor anima a la vendedora. Da las gracias al *Herry* se despide del *Herr* comunicando su deseo de volver a verlo en otra ocasión. Camino de mi alojamiento, no paro de preguntarme qué habrá pensado la mujer del abrigo negro sobre todo esto, cómo habrá vivido el hecho de que los acontecimientos se desarrollaran de forma tan lisa, tan rápida, tan servicial a su alrededor, de que todos sus deseos se cumplieran con semejante facilidad y, para colmo, sin que ella tuviera que intervenir, por así decirlo. ¿Habrá pensado que se producía un milagro? No lo considero verosímil, pues sabe, a buen seguro, que los milagros no existen. Al final, llego a la conclusión de que, probablemente, no ha pensado nada. Se limitó a tomar nota de los hechos, tal como la habían acostumbrado desde hacía décadas. ¿Que los hechos son extraños a veces? Pues sí, son extraños. Lo principal es que tiene los plátanos. Y a mí tal vez sólo me soñó, como yo al caballero vienés, como Gyula Krúdy a Paul de Kock...

«*Jause*» o, mejor dicho, *merienda* en las dependencias de la Sociedad Austriaca de Literatura en la Herrengasse. Invitados, damas y caballeros a los que presentan a los becados del mes. Además de café y bizcocho, también se pone sobre la mesa Europa del Este. En el foco de atención, el germanista ruso. Según él, la inesperada libertad le

ha caído del cielo a la intelectualidad rusa y queda por ver hasta qué punto y para qué sabrá aprovecharla. La académica búlgara, con su alemán perfecto, aunque simpáticamente eslavo, ve motivos para cierto optimismo en lo que respecta a su país. El traductor checo, que trabaja, al igual que yo, en uno de los volúmenes autobiográficos de Canetti y me lanza, por tanto, miradas llenas de comprensión y conmiseración, todavía lo ve todo negro por estas fechas, en octubre. No tarda en desarrollarse una conversación relajada, con rostros rubicundos y bien alimentados sobre las tazas y las migas de bizcocho, con preguntas cargadas de preocupación y respuestas más cargadas de preocupación todavía. Sólo las ingeniosas intervenciones del excelente escritor de Europa oriental, un nombre bien conocido en Viena, animan un poco el cotarro de partidarios de la literatura. Los demás se muestran más bien agobiados y desganados por causa de los problemas de sus respectivos países. Él, en cambio, emana éxito. Destaca en medio de ese grupo de torpes germanistas y traductores: un artefacto pirotécnico entre objetos pesados y mohosos. Expone su credo de escritor: la literatura carece de importancia. Sonríe con cierta coquetería. Habla en voz baja; su argumentación es apabullante. La literatura sólo es un factor de importancia en las dictaduras, dice. Ahora que nuestros países se dirigen hacia una sociedad normal, la literatura

también asumirá su papel normal, es decir, en absoluto importante dentro de ella. Lo escucho un tanto asustado. No me atrevo a pensar hasta el final las consecuencias que se desprenden de sus palabras. Al fin y al cabo, la literatura no me resulta del todo ajena, *anch'io sono pittore*: he de desear, por tanto, vivir en una sociedad anormal, quizá incluso en una dictadura, puesto que, según escucho, la literatura volverá entonces a ser un asunto importante. Últimamente, muchas teorías de este tipo circulan en el mundillo literario. Recuerdo una doctrina de la crítica que leí no hace mucho y que resulta, sin duda, sumamente práctica. Según ella, la literatura no sólo carece de importancia, sino que —al menos la buena literatura— ni siquiera es posible. Como nuestras vidas no están guiadas por un principio único, grande y central, cual fuera en su día la religión, la literatura no puede existir. Considero práctica esta concepción ya que, por fortuna, elimina de paso la posibilidad de un error del crítico. Si no existe la gran literatura, entonces —evidentemente— nada obliga al crítico, puesto que tampoco existe la calidad. No obstante, pienso de pronto, ¿no ocurre esto precisamente en las dictaduras, donde la intelectualidad hechizada y convertida en impotente sólo encuentra su justificación en los juegos de palabras? De veras me apesadumbraría en esta agradable merienda si algo en mi interior no me sugiriera que una so-

ciudad en la que la literatura carece de importancia no es una sociedad normal. La literatura es ciertamente importante. Es más: es el único sentido de la vida. Pienso en la definición de un escritor sin patria, Kafka, quien concibió la literatura como la manera de «una nación de llevar un diario, que es algo muy distinto que la historiografía...». Y ¿qué decía Nietzsche en *El nacimiento de la tragedia*, obra que yo traduje? Decía lo siguiente: «Estoy convencido de que el arte es la tarea más elevada y la verdadera actividad metafísica de esta vida». Pues sí, la literatura, como todo arte, es la actividad vital del hombre. Siempre y cuando actúe como una actividad vital. De lo contrario no tiene ninguna importancia, por supuesto. Entonces, el pintor más estridente puede ser denominado Miguel Ángel; el organillero más desafinado, Johann Sebastian Bach. Y, siendo así, el mejor poeta será aquel que componga las rimas o los versos libres más amenos, y el mejor escritor tal vez aquel que escriba el libro más ilegible o cuente los mejores chistes. Pero he aquí que la merienda acaba: la cordial despedida nos anima a todos. Como hace una noche suave, las terrazas siguen abiertas ante los bares y cafés; me siento en una de ellas para bajar mis penas y también el bizcocho. Enfrente veo un cine, trato de averiguar qué ponen. Por el amor de Dios, ¿no me estará enseñando los dientes el cartel chillón de una película porno? Según parece, acaba de

concluir la función, puesto que se abren las puertas; emerge un muchacho de tez morena con las manos en los bolsillos. Espero a que el público salga en tropel: no aparece. Por lo visto, el público era él, el joven moreno. ¿Cómo? ¿Conque aquí ni el cine porno tiene importancia?, me preguntó asombrado.

*Veranillo de San Martín* en Viena. Después de almorzar, sesteo en uno de los bancos del Volksgarten, bajo un sol veraniego y un cielo color azul sedoso. Los parques vieneses. Existen. Son parques regulares, con su orden y su estructura, con los setos de tejo podados, el césped, los arriates, los paseos cuidados. Por la noche cierran sus puertas de hierro forjado y por la mañana las abren. Unos señores, guardas con brazaletes de colores rojo, blanco y verde, clavan las puntas de sus bastones en los papeles que encuentran tirados en el suelo; no, eso ocurría en mi infancia, en Budapest. En Viena, en cambio, en el parque del Belvedere, se me acercó corriendo una diminuta ardilla negra y, como no tenía avellanas para ofrecerle, me pellizó con sus garritas el dedo índice. Aquí, en el Volksgarten, sólo alguna corneja grazna de vez en cuando en medio de la *Segunda Sinfonía* de Mahler, que gira en mi Panasonic oculto en el bolsillo del abrigo y que es transmitida a través de los auriculares a mis oídos. En un estado de duermevela tomo conciencia de que esta mú-

sica es espacial, arquitectónica: el coro *a cappella* de la última parte suena dos pisos más arriba que la orquesta. Para eso, sin embargo, hay que estar sentado aquí, en Viena, en el Volksgarten, donde veo a un lado el conjunto arquitectónico del Neue Hofburg y la Heldenplatz y, al otro, el Burgtheater. Allí, por cierto, compro entradas para *La Plaza de los Héroes*, la célebre y notoria pieza teatral de Thomas Bernhard. Todavía en Budapest, vi el grueso álbum que recogía las reacciones de la prensa a la obra: una de las acusaciones más suaves era que Bernhard era un traidor a la patria que ensuciaba su propio nido. Hoy por hoy, el público vienés tolera con disciplinada calma todo cuanto le lanza a la cabeza la familia del catedrático judío Schuster, que se había refugiado en Oxford en su huida de los nazis, que luego regresó a Viena y que terminó aquí abocado al suicidio. Es más, a veces sueltan alguna carcajada, cuando oyen que son, desde luego, unos racistas sin remedio, un pueblo que no ha llegado a la edad adulta, que Austria es un escenario en el que todo se pudre y se corrompe y donde unos actores enloquecidos ejecutan su danza descerebrada en el montaje de unos protagonistas criminales. Atento a la magnífica representación (lástima que la tensión decaiga en el tercer acto), comprendo que Thomas Bernhard escribió una pieza plenamente objetiva. Por un lado, los intelectuales judíos, varias veces desarraigados, que

sobrevivieron casualmente a su destrucción, hablan —si es que todavía viven— en todas partes exactamente ese lenguaje; por otro, la metáfora de su judaísmo, que los pone en la situación de los personajes de Beckett obligados a un «final de partida». En nuestro gran siglo resulta difícil encontrar un símil más adecuado que la vida del judío para expresar la soledad intelectual y la soledad del espíritu. Por eso, me cuesta entender el escándalo que ha suscitado la obra. El Dr. K., quien me ha invitado a comer en el café Landtmann, afirma que el escándalo fue organizado por Peymann, el director alemán de la obra, y que Bernhard, por desgracia, lo aprobó y, es más, hasta participó. Trato de interrogar un poco al Dr. K. sobre Bernhard: lo conocía bien y hasta fueron amigos en una época. Cuenta el Dr. K. que, al progresar la enfermedad, Bernhard se volvió cada vez más inaccesible. «¿Tenía hambre de éxito?», pregunto. «Cuanto mayor se hacía, más la tenía», responde el doctor. Circulan historias embarazosas sobre su carácter insoportable, sobre sus crueles caprichos. Escucho conmovido. Me viene a la mente que si hubiera podido venir a Viena el año anterior, tal vez habría logrado ver, en alguna mesa no muy lejana, la fascinante cabeza de payaso de Bernhard, en la que se había convertido, según las últimas fotografías, aquel rostro otrora contenido, viril, seductor. Hace un año fue a parar a mis manos el volumen de sus rela-

tos, y los leí como leí por última vez hace mucho, muchísimo tiempo, cuando me hallaba en el punto más profundo de mi indigencia espiritual, como hace más de treinta años, cuando, en un banco roto y astillado del parque situado encima de la Margit utca, inundado por la luz del verano, leí en tres días *La montaña mágica*, pequeño volumen color azul oscuro publicado por la editorial Genius por el que había dado en su día (muy a mi pesar) tres tomos rojos, en lengua original, de las novelas policiales de P. Howard a un ex librero que, expulsado de su tienda estatalizada, recorría los bares con algunas de sus antiguas pertenencias rescatadas bajo el brazo. Fue, probablemente, mi última llamarada de lector, pienso apesadumbrado mientras el camarero recoge la mesa. «¿Qué le ha parecido la carne de buey?», pregunta. «Si alguien quiere comer bien, tiene que venir a Viena», respondo como un auténtico cosmopolita. El camarero se inclina ligeramente, con una sonrisa en los labios. Salgo al Ring con mi incógnito intacto, lo cual no es en absoluto más inverosímil que mi pasado, que mi presente, que Paul de Kock, que todo.

*Mis Hans Castorp*, como llamo para mis adentros a la joven pareja alemana, se han marchado. Hace unos días creamos una verdadera mesa de desayuno en el hotel, ellos, el señor mayor de Múnich y yo. El señor de Múnich se ha resfriado,

cosa que evidentemente se reprocha, al tiempo que moquea con gesto sombrío y cucharetea la miel. Los jóvenes son de Duisburg, él, ingeniero (como Castorp) y ella, pecosa. Durante el primer desayuno arramblan descaradamente con mi mantequilla y mis panecillos y los devoran. Esto me perturba en cierta medida, pero prefiero evitar una batalla cuerpo a cuerpo. Al día siguiente, entre risas, se disculpan: creían que eran para todos. Es su primera estancia en Viena, y la ciudad los excita a ojos vistas. Han asistido a representaciones de *La flauta mágica* y de *La viuda alegre*. Luego los museos, los edificios, el estilo de vida, los precios elevados, etcétera, etcétera, pues sí, las huellas de los viejos tiempos que todavía se perciben. («Quien no ha vivido antes de la revolución, no sabe cuán dulce es la vida.») En cada desayuno cuentan lo que han visto el día anterior. Hay en ellos un encanto básico, una candidez fresca al estilo de Hans Castorp que supone un desafío irresistible para mis inexistentes instintos pedagógicos. Los alemanes se relacionan con los austriacos un poco como los estadounidenses brutalmente democráticos con los ásperos y rígidos ingleses. Por todas partes se despotrica contra los alemanes. «Pero ¿cómo es eso? ¿No...?», pregunto. «Pues no», responde en este caso H., «siempre hemos sido enemigos: piense usted, por ejemplo, en los tiempos napoleónicos o en la Guerra austro-prusiana». Yo, en cambio,

taimado como soy, pienso en la *Anschluss*. Después de que le arrancaran el abrigo de piel de sus territorios orientales, Austria se quedó sola, tiritando desnuda, y se escondió, para calentarse, bajo el vientre de su hermano mayor, que ardía aquejado de diversas fiebres. Ahora, poco a poco, se han ido acostumbrando a su existencia creada hace treinta y cuatro años (y en absoluto desagradable). Para una conciencia plena, sin embargo, necesita a su pariente, más rico y más extenso, pero mucho menos elegante, respecto al cual los austriacos coinciden enseguida, con una única mirada. Resulta que las naciones no sólo tienen una historia, una sociedad, una industria y un comercio, sino también una psiquis. (Es algo que los marxistas, mientras existían, calificaban de «acientífico».) Sabía que mis Hans Castorp se disponían a regresar a casa a primera hora; pero esta mañana, precisamente, me he quedado dormido. En el desayuno sólo encuentro sus lugares vacíos. De repente, sin embargo, se abre la puerta; aunque el motor está en marcha, no quieren irse sin despedirse de mí. Me emociono; me quedo patidifuso. A lo mejor sigo vivo en su memoria: Viena y, sí, aquel literato húngaro de los desayunos, un señor simpático, un poco chiflado, un poco entrado en años, que hablaba de manera tan divertida en alemán. Pienso en todo esto serenamente, como en una de las formas posibles de mi incógnito.

*Luego la línea 4 del metro*, del que me apeo en Hietzing, bajo un radiante sol de otoño, me hago un corte en el dedo al abrir torpemente la lata de cerveza (pues tengo sed), derramo un poco de sangre, sé que es en vano, o sea, recorro a un pañuelo de papel y cruzo después el puente Kennedy para entrar en el parque de Schönbrunn por detrás, como quien dice. En el cruce diviso a mi izquierda la amplia fachada del palacio amarillo. Delante, la muchedumbre dispersa dibuja manchas negras. En el camino también, apretadas filas arrastran los pies. Una luz pálida cae sobre el césped, los tejos, las formas peculiares y melancólicas, las estatuas, las columnas, el estanque con los cisnes. Todo decae lentamente, con cautela y distinción, el tiempo infinito cruje y crepita con elegancia. Tras llegar a la fuente de Neptuno en medio de la multitud, subo hasta la deteriorada hilera de columnas de la glorieta. El calor, que no se corresponde con la estación del año, dificulta el andar; avanzo jadeando. Ante mí, el camino que conduce al palacio, bajo el velo blanquecino del ligero polvo que levantan los innumerables pies; la gente cubre los caminos, los jardines, los bancos, la gente espera para entrar en el palacio de Schönbrunn, para contemplar el comedor imperial, la sala de recepciones imperial, los dormitorios imperiales, toda clase de gente: lugareños y extranjeros, japoneses y holandeses, estadounidenses, árabes y australia-

nos. Miran titubeantes algo que no existe, tantean cegatos en busca de un centro inexistente, de una coherencia extinta. En Schönbrunn falta algo, alguien: el emperador. Bajo la suave luz, contemplo desde la balaustrada de la glorieta cómo esa cantidad y diversidad de personas revolotea en torno a una idea que se ha esfumado, cual bisnietos tristes, y hace tiempo ilustrados, de los antiguos adoradores del fuego. Intentan dar un nuevo nombre a esta idea, intentan mantenerla con vida: la llaman Europa, que tal vez sólo existió realmente mientras no tuvo un parlamento común. Sin querer, pienso en mi país, en la pobre Hungría, que precisamente ahora debe y quiere europeizarse. Habría que advertirle —pienso apoyado en la balaustrada de la glorieta— de la previsible desilusión, prevenirle de las consecuencias psicológicas de la desilusión, enseñarle que la desilusión es el principio de la edad adulta, que la desilusión guarda fuerza e iluminación. Vuelvo a acordarme de Hans Castorp y del apólogo según el cual dos caminos conducen a la salud: uno es el natural y el otro, el que lleva a través de la enfermedad, es el del genio. Tal vez —pienso— ocurre lo mismo con la libertad: el segundo camino conduce a ella a través de la esclavitud, y este camino supone sufrimiento y da testimonio. ¿Será Europa receptiva a este testimonio? ¿Comprenderá que precisamente ahora desde Europa oriental se intenta insuflar alma a su existencia económica y crepuscu-

lar, la cual sólo podrá resucitar y tomar conciencia de sí misma por medio de Europa del Este? Tengo la sensación de que es preferible no buscar respuestas a estas preguntas. Tanto más cuanto que me llama la atención un singular desfile: desde el Park Hotel que tengo enfrente, una hilera de camareros vestidos con esmoquin se acerca por el paseo. Perplejo, apenas me puedo creer cuanto ven mis ojos. Como si soñara (igual que Gyula Krúdy a Paul de Kock), veo unas figuras espectrales en esmoquin que dan vueltas por la columnata abierta de la glorieta, lo cubren todo de color níveo con gestos etéreos, y aparecen largas mesas, resplandecen los damascos, centellean los grandes y argénteos calentaplatos, tintinean los cristales y las porcelanas. ¿Qué será? ¿El banquete del rey Arturo? ¿Una película de Fellini? Sea como fuere, no espero a la posible llamada y me esfumo a toda prisa. Es evidente que no han puesto la mesa para mí.

*Las calles más y más angostas del centro de la ciudad; la casa de Mozart; las iglesias, las fondas, los anticuarios, las elegantes boutiques en los oscuros patios; luego, una plaza que se abre de golpe y unos policías con boinas y ametralladoras que montan guardia por parejas en los portales. La expresión de sus rostros no es tensa, pero sí muy atenta. ¿Qué será esto?, me pregunto asombrado. Enseguida me entero: la sinagoga está en la casa*

de enfrente. Nada lo indica salvo los policías y la estrella de seis puntas pintada en la ventana: parece un edificio de viviendas normal y corriente pintado de un blanco grisáceo. En el portal, dos jóvenes que llevan en la cabeza unas kipás bordadas. Qué queremos, pregunta uno de ellos. Entrar, respondo. No es así de sencillo. Hace unos años se produjo aquí un atentado. De ahí los policías. ¿Todos los viernes? Todos los viernes y días de fiesta. El miedo, la sospecha y la audacia flotan en torno a la sinagoga, como si de pronto hubiera pisado una capa delgada de la corteza terrestre bajo la cual bulle la lava de los infiernos lista para la erupción. Hasta ahora me paseaba por el centro de Viena; en esta plaza voy a parar de pronto a otra época. El pozo del pasado es terriblemente profundo. En ese momento quiero entrar como sea; hace décadas que no asisto a un oficio religioso judío. ¿Quién es?, pregunta el joven de la entrada. Un escritor húngaro que en sus escritos ha tocado ciertas cuestiones relacionadas con la existencia judía, respondo. Si puedo demostrarlo, inquiera. No puedo. Que diga algo en hebreo. No se me ocurre nada. Si sé al menos qué tarde es la de ese día. No respondo yo, sino Helga, una austriaca rubia, católica de toda la vida: es viernes por la tarde, víspera del sabbat. Podemos entrar. Como voy destocado, me prestan una kipá negra en el pasillo abovedado. Helga sube, como es debido, a la galería, a la parte correspondiente a las

mujeres. La ceremonia me viene de perillas, me alegra haberme quedado solo. Me pongo en una de las hileras de bancos de atrás. La sinagoga, que parece una sala de teatro, es pequeña y brilla como un joyero. Delante, el cantor reza las plegarias y dos rabinos van y vienen. Los asistentes, escasos, ni siquiera ocupan la mitad de la sala. Las voces ora levantan el vuelo, ora se convierten de pronto en murmullo. De repente me doy cuenta: están rezando el *kaddish*. Se adueña de mí una emoción insensata, como si el rezo sonara para mí, por la novela que acabé hace unos meses y que se titula así; desde luego, los judíos siempre tienen motivos para la oración fúnebre. A la salida, tardo bastante en volver a ponerme mi incógnito preferido, el distante y civilizado. ¿O será aquel hombre estremecido de la bancada del templo mi incógnito más verdadero? No encuentro una respuesta formulable a mis confusos y sin duda revueltos sentimientos. Recuerdo el «Shemá Israel» que surge como un gemido al final del *Superviviente de Varsovia* del ya anciano Schönberg: cuando se vive mucho tiempo, quizá llega —pienso— el momento en que sólo queda rezar.

*Despedida de Viena*; almuerzo, y luego paseo por el Stadtpark camino a casa. Casi una tarde veraniega. El sol de un vivo color amarillo que lanza sus destellos desde Hietzing. Vestidos y camisas de colores en el césped. Las formas de la monar-

quía, el quiosco amarillo, los cafés, los puentecillos, los estanques, las bóvedas, las figuras desasosadoras que se desmoronan. «El estilo es en las culturas el pulso de la autorrealización» (Spengler). Alguna lejana autoridad que levanta el dedo a modo de advertencia, cual si fuese desde el más allá, en alguna estatua, en algún guardia de piedra, en algún capitel o arabesco. «Tejos y muchas verjas altas, / el oro ajado de los escudos, / esfinge reluciente en la espesura...». Melancolía infinita, melancolía feliz, con olor a café con nata, con estilo dominical. Mi última vista de Viena: el Schubert Ring, la flora verde, dorada y rojiza del Stadtpark, la multitud pacífica y abigarrada en el césped, el modernismo con su color amarillo imperial y el silencio propio de los libros de memorias. Por la noche escribo lo siguiente en mi diario: «Angustia ante mi regreso a casa. Me ha gustado estar en Viena. Me ha gustado su comportamiento señorial, su silencio, me ha gustado que, básicamente, funcione. Su mesurada elegancia, su actitud civilizada, el hecho de que la ciudad esté organizada para la vida, para vivir. Creo haber nacido para una vida de mejor calidad que la que me ha sido dada. Pero es una afirmación arrogante, y la arrogancia es siempre estúpida e inane. Vivir la vida, la que nos ha tocado, y vivirla de tal manera que nos llegue plenamente, ésa es la tarea, dondequiera que vivamos».

*Taxi a la estación.* (Billete de tren a precio de «oferta».) A la llamada telefónica acude un taxista, un mocetón bajito y moreno, con un coqueto bigotito: es un inmigrante turco, según descubro más tarde. Enseguida inicia un ataque frontal en toda regla contra todos mis posibles incógnitos. ¿Adónde viajo? ¿A casa? Sí, pero ¿adónde? ¡Vaya, un húngaro! En su alegría, da palmadas al volante con ambas manos. Habla un increíble alemán pidgin. ¡Balatón! *Jonopot!* Tiene una amiga en Hungría. Estoy sentado en un estado de parálisis. Sólo puede hacerme esto porque soy húngaro, pienso. A Paul de Kock no se lo haría. ¡Qué Paul de Kock ni nada! Tampoco se lo haría a un simple ciudadano austriaco. «¡Mire!», exclama señalando un coche plateado. «¡Una mujer al volante! ¡Una mujer! *Fil frrdinen!*», o sea, que gana mucho dinero. «¡Vaya cochazo! ¡Coche alemán! Socialismo: *nix!* Hungría: *nix!* Polonia: *nix!* Bulgaria: *nix!* Alemán: ¡sí! ¡Sólo alemán, sí!». A qué me dedico, pregunta. Traduzco. ¡Ah, intérprete! No intérprete, alta literatura. «Ah, *fil frrdinen!*». No tanto como un taxista, respondo. La respuesta le encanta, pues en su alegría vuelve a golpear el volante con ambas manos. Por fin llegamos. El taxímetro marca 146 chelines. Le doy 160. Me mira perplejo: son 176, dice. A todo esto, las cifras del taxímetro han desaparecido. Ni se me ocurre discutir, y pago. Mi tren, procedente de Dortmund, lleva dos horas y cuarenta minutos de retraso.

Compro chocolate suizo, mi cena en la estación. Durante el trayecto leo *La telaraña* de Joseph Roth, pues al volver a casa he de escribir un informe de lectura sobre el texto. Mientras, tomo conciencia de que ya estoy urdiendo los planes de las maniobras bélicas necesarias para conseguir un taxi. Aparecen las luces de la noche de Budapest. Noto que se desprende de mí la máscara, que se disuelven mis diversas formas de incógnito. Soy el que soy, un hombre más de la multitud que necesita encontrar un taxi como sea. La amplitud de la libertad tal vez pueda definirse por la cantidad y diversidad de los incógnitos que uno pueda guardar, pienso como colofón, triste y frívolamente. Después corro, a toda prisa, con dos maletas y una mochila, pasando por dos salas de espera y entre los indigentes que roncan en medio de olores indescriptibles, y me subo jadeando al último taxi que esperaba delante de la estación. Cuando doblamos a la Thököly út, miro atrás, jadeante pero satisfecho, para ver la parada de taxis vacía y la muchedumbre que se multiplica rápidamente ante la estación. Lo he logrado: soy un listo. Soy un vivo. Estoy en casa.